

1995,
«Año de la
Tolerancia»

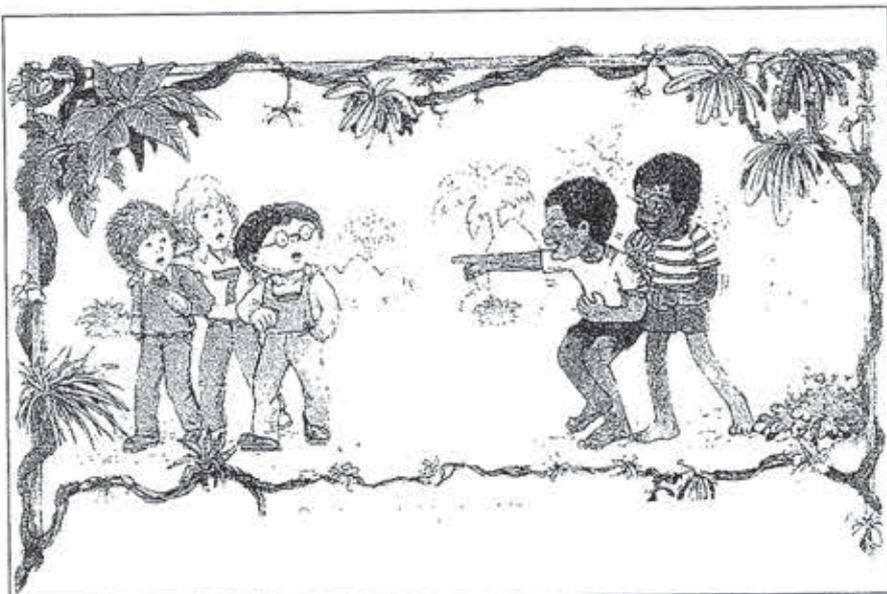
TOLERANCIA, A DISTANCIA

— María Menéndez-Ponte —

Somos tolerantes con el negro de Harlem y el de Sudáfrica. También lo somos con los magrebíes del Magreb. Y con los drogadictos de «El Patriarca». Y con los que mueren de sida a kilómetros de distancia. Y con los vagabundos que duermen en el metro. Y con los ancianos de los demás. Y con los balseros que huyen de Cuba. Y los gays de San Francisco. Y los bosnios o los serbios. Los árabes o israelitas. Sin embargo, en los periódicos, cada vez más, abundan titulares como estos:

Y nos rasgamos las vestiduras. Pero estos titulares corresponden, cada vez más, a hechos acaecidos en nuestro propio país, en nuestra ciudad, en nuestro barrio. Y, a lo mejor, un día somos nosotros los que estamos manifestándonos contra los magrebíes que «vienen a quitarnos el puesto de trabajo», o contra ese centro de rehabilitación de drogadictos que quieren construir al lado de nuestra casa, o contra los dominicanos porque no nos gusta el color de su piel, o contra ese colegio que ha admitido a unos niños gitanos.

Indudablemente, es más fácil ser tolerante con aquello que nos toca de lejos, con esas noticias que no son más que tinta impresa en un papel, que apenas salpican nuestra integridad. Mire usted, yo soy de talante liberal y la mar de tolerante, ya ve, incluso he ido a la



manifestación de apoyo del 0,7, pero me toca las narices que mi hijo esté en el paro y sigan dejando entrar riadas de emigrantes, algo habrá que hacer ¿no?. Y yo, no es por marcarme un farol, que se lo puede preguntar a quien sea, que a honrado no hay quien me gane, pero desde que han venido a vivir aquí esos gitanos ya no tenemos paz en el barrio. ¿Y cómo quiere que me calle cuando

ese cretino —porque no es más que un cretino—, salta con que la culpa la tenemos los de derechas? Y, mire usted, yo no tengo nada en contra de los inmigrantes, pero que mi hija salga con un negro, por ahí sí que no paso....

LA TOLERANCIA DEL DÍA A DÍA

Resulta fácil practicar la tolerancia a distancia, pero no resulta tan fácil cuando nos toca la fibra más íntima de nuestro ser; y no digamos lo difícil que nos resulta práctica la tolerancia en el día a día; a pesar de que evita el infarto, las peleas y, además, le ayuda a uno a lograr esa paz interior que tanto ansiamos. Así que ya lo sabe, cuando se lance en su bólido por la mañana, todavía negra como la boca del lobo, y un taxista se pare justamente delante suyo para coger o apea un pasajero, guárdese ese dardo venenoso que lleva prendido en la solapa y piense que seguramente ha estado toda la noche trabajando o que padece el síndrome del taxista, o sea, estrés. Y cuando le invadan unas terribles ganas de tirarse a la yugular de su compañero de trabajo porque no comprende sus inteligentes y sutiles planteamientos, piense que el progreso surge del intercambio de pareceres. Y cuando su hijo adolescente le saque de sus casillas, acuérdesese de cuando usted tenía el gesto hosco y la intolerancia a flor de piel.

Naturalmente, no es fácil. No es nada fácil, cuando uno vive en un medio agresivo y hostil, con prisas para todo, sin tiempo para nada y donde la máxima por excelencia es la competitividad. Oiga, ¿cómo quiere que cuando llegue a mi casa echando el bofe, después de ocho horas de trabajo más una de atasco en la carretera, vaya a visitar a mi anciana madre de 85 años? ¿Y que sea tolerante con mi hija, a la que me he ofrecido a acompañar de compras, cuando va y me dice que pasa de mis

Naturalmente, no es fácil. No es nada fácil, cuando uno vive en un medio agresivo y hostil. No es nada fácil, cuando uno vive en un medio agresivo y hostil. No es nada fácil, cuando uno vive en un medio agresivo y hostil. No es nada fácil, cuando uno vive en un medio agresivo y hostil.

opiniones porque soy una carroza? ¿Y que no le grite a la asistenta porque ha desteñido cuatro camisas nuevas? No es fácil, pero tampoco es fácil vivir en continua tensión. En cambio, sí es fácil engañarse, pensar que uno es una víctima de la sociedad.

¿Víctima? Oiga, ¿es que usted no forma también parte de esa sociedad y, aunque sea en una milésima parte de una parte, no es también culpable de

«A veces nos damos cuenta que toleramos, cuando en realidad estamos perdonándole la vida al vecino»

sus males? ¿Y cómo quiere que sus hijos aprendan a ser tolerantes desde la intolerancia?: «No soporto que...». «Es realmente intolerable»... «¡Hasta ahí podíamos llegar!». ¡Si todo lo convertimos en caballo de batalla! la lengua, la política, el fútbol, la televisión, las drogas, la enseñanza, los impuestos, la economía... Y nadie da su brazo a torcer. ¡Faltaría más! Que al débil se lo comen en dos bocados. Y yo de tonto no tengo un pelo.

TOLERAR VERSUS SOPORTAR

No, usted de tonto no tiene ni un pelo, ni el otro, ni el de más allá, si todos somos listísimos, más papistas que el Papa. Y así está nuestro nivel de comprensión, por los suelos. Y la comprensión es premisa esencial para llegar a la tolerancia. Porque no es lo mismo tolerar que soportar.

Tolerancia: dícese de la acción y efecto de tolerar. Respeto y consideración hacia las opiniones ajenas. Versus **soportar:** sostener o llevar sobre sí una carga o peso. Y, aunque el diccionario nos los presente como sinónimos, hay una notable diferencia: no es lo mismo tener a alguien en consideración y respetarlo que sostener a ese alguien como una carga o peso. Que la carga se rompe el día menos pensado y la tiramos a la basura.

Así pues, es importante esta distinción. Porque a veces nos creemos que toleramos, cuando en realidad estamos perdonándole la vida al vecino. O le ofrecemos las migajas de lo que nos sobra, creyéndonos que practicamos la caridad. Y además es muy importante, si tenemos en cuenta los brotes de racismo y xenofobia entre la juventud, cuando todavía tenemos muy presente el horror que supuso el nazismo. (Claro que ya es difícil impresionar nuestras aceras retinas, acostumbradas a imágenes crudísimas y a violencia sin

límites). Y si tenemos en cuenta el incremento de agresiones a homosexuales. O el aumento de niños maltratados. Y de ancianos abandonados. Y de marginados ignorados.

APRENDIENDO A TOLERAR

De pronto y ante esta sarta de horrores que aparecen cada día en prensa pero que —subrayo— no es sólo papel con tinta, parece que hemos tomado conciencia de que los valores brillan por su ausencia, y de que estamos construyendo un mundo insolidario y de que se lo vamos a regalar tal cual a nuestros hijos, acompañando de una málísima educación porque les hemos dado demasiadas cosas materiales pero pocos recursos para buscarse la vida y hacerse fuertes. Entonces, caemos de la berra y decidimos proclamar 1995 año de la tolerancia. Y es que nuestras conciencias dormidas necesitan ser espo-

«Bienvenido sea este año de la tolerancia si cumple con su misión. Especialmente, la de sacar a relucir ese labor callado de tanta gente que dan mucho a cambio de nada»

leadas y recordadas de algo que debería ser congénito al ser humano. Pero también es humano el olvido y el error y el tropezar mil veces en la misma piedra y el empezar de nuevo cada día.

Así que, bienvenido sea este año de la tolerancia si cumple con su misión. Especialmente, la de sacar a relucir ese labor callado de tanta gente que dan mucho a cambio de nada. Y de esos jóvenes y no tan jóvenes entusiastas que hacen aflorar de los desamparados. Porque ese sí es el verdadero aprendizaje de la tolerancia, cuando ves el sufrimiento de cerca y los compartes. Cuando ves la alegría que transmiten personas tan desheredadas. Cuando compruebas que es mucho mayor la generosidad de los que no tienen nada.

Y está bien que tengamos en cuenta la tolerancia a la hora de diseñar el currículo escolar y la incluyamos en los contenidos transversales, pero sin olvidar que la mejor enseñanza no es la que se predica, sino la que se transmite con el ejemplo, a través de la convivencia, del lenguaje e incluso del tono de voz.